

MARTÍN ESCOBEDO DELGADO Y ALMUDENA GÓMEZ ORTIZ,
LA QUEMADA. EL SITIO ARQUEOLÓGICO SEGÚN EDMOND
GUILLEMIN-TARAYRE (1866), ZACATECAS: TABERNA LIBRARIA
EDITORES, 2019, 219 PP.

La presente obra está organizada por tres secciones, cada una distinta entre sí, pero a la vez unida, y es que cada una aborda el periodo, el problema histórico y la descripción sobre el sitio arqueológico que realizó Edmond Guillemin-Tararye de manera distinta, sin dejar de lado el complemento en el que se convierten la una de la otra.

Este tipo de obras es un aporte no sólo al conocimiento científico, sino a la cultura en general, pues acercan a un lector, neófito o consagrado, al contexto y, por supuesto, al sitio arqueológico más reconocido del estado de Zacatecas. Por tal motivo, el libro ayuda a plantear preguntas imperantes para el rescate de textos y su importancia, pues no sólo se trata de traducir o paleografiar.

La primera parte fue realizada por Martín Escobedo Delgado, y además de ser la sección más amplia, integra un amplio estado del conocimiento, atacando con ahínco y profundidad en sus lecturas y cuestionamientos el periodo conocido como el Segundo Imperio. Por ello, conviene precisar que la obra contribuye ampliamente en el reconocimiento contextual de la política francesa y su interacción con alguna facción mexicana en pos del florecimiento de la ciencia.

Entonces, el enfoque revisionista historiográfico que presenta la obra brinda nuevos aires sobre la intervención, sus políticas, intereses y acciones, ya que el momento histórico se ha visto contaminado por juicios de valor en aras de un republicanismo patrioter. No es el objetivo encumbrar a la facción imperialista, tampoco desdeñarla sin reconocer su historicidad, pues con la obra y el estudio de Escobedo es posible vislumbrar un proyecto claro de corte científico-educativo, el cual no llegó a buen término debido a la derrota de Maximiliano, pero al menos ayuda a desmitificar esa idea de invasión sin proyecto.

Escobedo se adentra profundamente en un contexto geopolítico que explica los porqués de la expedición de Tararye, los conceptos, el panlatinismo y las disputas e intereses por México de naciones como Francia o Estados Unidos en el periodo de la sexta década decimonónica. Este interés no era una novedad, pues desde la independencia hubo intentos de reconquista o de intervenciones en las décadas intermedias a 1821 y 1863, sin embargo, en este momento aparece la figura de Napoleón III, quien retoma y hace uso del concepto de *panlatinismo* para justificar las acciones intervencionistas, encumbrándose, o al menos esa era la intención, como el redentor de este hemisferio. Así, para lograr estas acciones se apoyó de algunos teóricos, resaltando Chevalier, quien le vendió la idea de un México utópico y propicio para la explotación, creo más

alevoso que la idea de aquellos castellanos del siglo XVI. Esta idea convergió con la oferta de algunos mexicanos a una casa europea para ocupar la otrora corona de Iturbide.

Empero, Escobedo conceptualiza la historia de manera opuesta a la dicotomía historiográfica de liberales *vs.* conservadores, pues da sentido humano a figuras y creencias, además de evitar el maniqueísmo tan usado en estos temas. Por lo tanto, es de resaltar el excelente resumen del contexto de inestabilidad decimonónica y la desmitificación de Juárez *vs.* Maximiliano, confrontados historiográficamente.

En un nivel más profundo, el contexto internacional fue perfilando un ambiente propicio para la ciencia. Expediciones desde el periodo borbónico dan cuenta de los avances ilustrados y después positivistas, comenzando con Humboldt o lo del intendente Juan Antonio Riaño en Guanajuato, por ejemplo, hasta el objeto de este libro que es Tarayre, tomando un carácter itinerante pero gestado desde el periodo novohispano.

En el mismo orden de ideas, se retoma de manera considerable a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la cual continúa de pie hasta la actualidad, y de la que hay una corresponsalia en algunas latitudes del país. Por ello, nombres como García Cubas, García Icazbalceta, Humboldt y Orozco y Berra cobran suma importancia en el citado intento de sistematizar la ciencia y la educación a través del proyecto de Maximiliano, ya que han sido homenajeados en varias instituciones académicas actuales.

En este sentido, es necesario realizar análisis sobre el posicionamiento ideológico más difundido en la historia, pues “el ADN liberal de la historiografía mexicanista que estudia el periodo, ha tachado a las figuras políticas y bélicas que apoyaron el centralismo y al imperio de malos mexicanos. Lo mismo sucede con los académicos y científicos que optaron por aliarse con Maximiliano I” (p. 81). De igual forma, el libro deja entrever la idea de una institucionalización pensada y proactiva de la ciencia, a través de la conformación de núcleos científicos para distintas áreas científicas.

En lo descrito es posible visualizar desde entonces una dupla de la científicidad con la educación, además de la sistematización de ambas. Por consiguiente, la labor científica francesa y mexicana

fue sobresaliente, empero, la bonanza científica terminó con la debacle imperial y el ascenso juarista. Esto puede verse más nítidamente con el saqueo al por mayor de piezas históricas y arqueológicas.

El trabajo de Edmond Guillemin-Tarayre en México fue amplio, según el análisis de Escobedo y la propia transcripción, y buscó los mejores perfiles levantando sendos expedientes, relatos, dibujos y medidas, por lo que el libro narra diáfano el recorrido de Tarayre por la Alta California, las bajas Californias, la costa occidental del país, su arribo a Guadalajara, el traslado a la Ciudad de México; posteriormente, el segundo viaje en octubre de 1865 con el viaje a Durango, Sombrerete, Chalchihuites, Fresnillo y Zacatecas en el estado del mismo nombre. En el trayecto levantó registros, amplió sus cuadernos y cumplió todas sus encomiendas, pero también informó de su labor en París con una carta y cuatro cajas con registros y muestras biológicas y geológicas.

Para la visita que tenía programada para la expedición en el sitio arqueológico de La Quemada retomó a Carl de Berghes, antiguo estudioso del sitio, para identificar, primeramente, la ubicación, así como el levantamiento, es decir, pormenores de los cuales partir para el estudio científico que se le encomendó. Así, el 24 de mayo se dirigió al sitio en el que comenzó a aplicar los conocimientos y escritos en sus cuadernos. Elementos a resaltar son: el sitio tenía un dueño, Juan Franco; y sólo duró tres días su estancia, pero la pudo recorrer palmo a palmo y detallar los elementos constructivos, decorativos, orográficos y hasta simbólicos.

Continuó con su viaje y visitó San Luis Potosí y Guanajuato, y en 1867 se encontraba en Francia, donde organizó sus cuadernos, los cuales se publicaron en dos tomos, de los que el ya citado Manuel Orozco y Berra tradujo una parte en 1869. Entonces, a Tarayre se le puede definir como un erudito positivista. Ahora, a 160 años de la descripción, el que se haya retomado significa dos cosas: la primera, que su trabajo es útil actualmente para confrontar, y superado el método positivista se pueda contrastar con recientes descubrimientos y las actuales teorías historiográficas; y la segunda es que es útil como apoyo para reconstruir la historia científica, cultural y política del Segundo Imperio.

El apartado de Almudena Gómez, al contrario del estudio de Escobedo, es bastante corto en can-

tividad de hojas, mas es amplio en significado, pues sitúa al sitio de La Quemada fuera del espacio cultural conocido como Mesoamérica; claro, la autora lo aborda desde el punto de vista antropológico.

En este tenor, Gómez manifiesta la idea de que este tipo de sitios, así como Casas Grandes en Chihuahua, rompen la hipótesis del seminomadismo aridoamericano. De igual manera, evita dar la connotación peyorativa al concepto *chichimecas*, pues tiene diferentes acepciones, sobre todo para retomar el de *nación de naciones*, es decir, un macrocosmos de culturas con rasgos similares, pero a la vez con otros distintos.

La autora viaja al siglo XVI para explicar que en esos momentos hubo una idea fantasiosa sobre lo encontrado en los territorios recién hallados, por lo que las expectativas, de acuerdo con la mentalidad medieval de aquellos hombres, eran distintas. También explica la situación de la existencia de los problemas para situar los orígenes, habitantes o fundadores. Debido a lo anterior se le han dado distintos nombres y orígenes: *chicomoztoc*, *teotihuacano*, *caxcán*, *tarasco*, *tolteca* o *chichimecas*.

El conocimiento de la ubicación del sitio se mantiene desde 1530 y durante todo el virreinato. Por ello, el siguiente recuento de investigadores es relevante. Pedro Almíndez Chirinos, Torquemada, Clavijero, Calleja, George Francis Lyon, Carl de Berghes, Tarayre, Noguera, Carlos Margáin y Elías Amador hablaron o estudiaron el sitio desde el periodo virreinal hasta el siglo XX.

Para Almudena Gómez, el trabajo de Tarayre es invaluable por su descripción, ya que “engloba muchos aspectos: el paisaje, sus antiguos pobladores, el origen del sitio arqueológico, sus estructuras y caminos, así como destrucción y la cercanía de la Hacienda de Malpaso, de la que también hace una breve reseña histórica” (p. 164).

El informe de Tarayre, además de descriptivo, es analítico y cohesionador, porque las interpretaciones con otros investigadores concuerdan. Así, se plantea lo siguiente: ¿por qué no considerar a La Quemada como mesoamericana si tiene esos rasgos? La frontera fijada por Kirchoff no es inamovible y se puede expandir si eso demuestran las evidencias.

En cuanto a la descripción, el documento es amplio, y a quienes conocemos el entorno nos

transporta imaginariamente al valle donde se enclava el sitio arqueológico. Da cuenta de minuciosos detalles, como la presa que se conoce como de El Fuerte y de la composición del ecosistema, ya que retoma elementos de las elevaciones aledañas, de algunas plantas y hasta de animales.

Desde esta perspectiva, era afín a la idea de que el sitio fue parte de la peregrinación nahuatlaca hacia el Valle de México, pero también que pudo haber sido la antigua *Chicomoztoc* o simplemente un lugar de asentamiento temporal antes de su viaje a la fundación de México-Tenochtitlan.

Tarayre fue cuidadoso al mencionar que el propietario de la zona ha cuidado del saqueo y las excavaciones, por lo que la actividad de este investigador decimonónico es aún más sobresaliente, no sólo por el hecho de haberlo hecho, sino porque tuvo la oportunidad de acceder al sitio casi en su forma más original. Por ello, surgen las siguientes interrogantes: ¿en qué momento comenzó el saqueo que se sabe hubo?, ¿cuándo dejó de pertenecer a este dueño y por qué? Entonces, si ya se saben las respuestas, hay que difundirlas, y si no, pues son vetas para trabajar.

En cuanto al lenguaje, se puede notar cierta cantidad de tecnicismos y palabras meramente científicas que, para alguien no adherido a este tipo de informes, resultaría un tanto complejo de comprender. Por supuesto, tampoco es del todo incomprensible, pero sí se necesita una relectura profunda.

En cuanto a las imágenes, son muy agradables a la vista y además educativas, pues pareciera que tuvo la oportunidad de hacer observaciones aéreas, hecho que no sucedió, pero que ejemplifica el nivel de científicidad y preparación que tuvo Tarayre. Así que para el arduo trabajo es de suponer, casi con la certeza de que sucedió, que llevó muchos instrumentos para hacer los dibujos, las mediciones y la escritura puntual de lo observado.

A pesar del poco tiempo en el sitio, se observa un trabajo muy meticuloso y profundo en detalles; por ejemplo, las imágenes de las culebras. Por lo tanto, el trabajo de Edmond resalta la idea materializada de la unión entre la ciencia y la educación que se buscó por medio del proyecto de Maximiliano.

Así, el libro debe convertirse en consulta obligada para quien se quiera adentrar en este periodo en cuanto a la educación, la ciencia o la política del

Segundo Imperio y hasta el rescate de documentos. Las tres partes que lo componen están íntimamente ligadas y contribuyen a la comprensión del periodo. Finalmente, el rescate y transcripción, tanto en francés como en español, abre el panorama para seguirnos cuestionando no sólo sobre el contexto, sino sobre lo que se conoce sobre el sitio arqueológico

de La Quemada, en tanto aún no quedan resueltas muchas interrogantes.

Jesús Domínguez Cardiel
Centro de Actualización del Magisterio, Zacatecas
ORCID: 0000-0002-7894-463X
jesusdominguez@camzac.edu.mx